

La voz de la civilización imperiosamente nos llama. Tenemos sobre nuestras espaldas el peso abrumador de cuatro siglos ávidos de luz. No es hora de descanso estéril ni de adormecimientos infecundos. La roja aurora del porvenir inunda los cielos con fulguraciones trémulas, y los primeros rayos de luz caen sobre terrenos sin cultivo. Es hora de arar la tierra y arrojar la simiente en el fecundo surco.

MAX. HENRIQUEZ UREÑA.

Flor de la Tarde

Por la senda roja, entre maizales,
 Guían sus ovejas los niños zagales,
 Volteando las ondas con guerrero ardor,
 Y al flanco caminan, como paladines
 Del manso rebaño, los fuertes mastines,
 Albos los colmillos y el ojo avizor.

Tañen las esquilas lentas, soñolientas;
 Las ovejas madres acezan sedientas
 Por la fuente clara de claro cristal,
 Y ante el sol que muere, con piafante brío,
 Se yergue en dos patas el macho cabrío,
 Y un epitalamio dice el maizal.

En el oloroso atrio de la ermita,
 Donde penitente vivió un cenobita,
 La fontana late como un corazón,
 Y pone en el agua yerbas olorosas,
 Una curandera, murmurando prosas
 Que rezo y conjuro juntamente son.

Como en la leyenda de aquel penitente,
 Un pájaro canta al pie de la fuente,
 De la fuente clara de claro cristal.
 ¡Cristal de la fuente, trino cristalino.
 Armoniosamente se unen en un trino,
 Que aroman las rosas de un santo rosal!

Por sobre o rosal
 Voa un paxariño,
 Que leva unha rosa
 A Jesús Meniño.

RAMÓN MA. DEL VALLE INCLÁN.